

JOSE F. DANVILA

CRÓNICAS JACOBEO

-VOLUMEN III-



*«Deja atrás tus tristezas, que este día sea
el último, pues mañana brillará el sol y
toda esta oscuridad será pasado».*

BRUCE SPRINGSTEEN,
Land of Hope and Dreams

Índice

Introducción	15
--------------------	----

Episodio VIII **Camino Vadiniense & Invierno 2017** **(San Vicente de la Barquera)**

Prólogo. Sobre cómo conseguir dos al precio de... varios	29
Capítulo 0. San Vicente de la Barquera.....	35

Sección 1. Camino Vadiniense

Capítulo 1. San Vicente de la Barquera-La Fuente (27,0 km)..	41
Capítulo 2. La Fuente-Santo Toribio de Liébana (28,9 km)....	49
Capítulo 3. Santo Toribio de Liébana-Fuente Dé (30,5 km)...	61
Capítulo 4. Fuente Dé-Portilla de la Reina (21,9 km).....	71
Capítulo 5. Portilla de la Reina-Riaño (19,9 km).....	81
Capítulo 6. Riaño-Crémenes (19,9 km)	89
Capítulo 7. Crémenes-Gradefes (39,8 km)	97
Capítulo 8. Gradefes-Puente de Villarente (25,1 km)	109

Sección 2. Camino Francés

Capítulo 9. Puente de Villarente-León (12,5 km)	119
Capítulo 10. León-Hospital de Órbigo (31,8 km)	127

Capítulo 11. Hospital de Órbigo-Santa Catalina de Somoza (25,7 km)	135
Capítulo 12. Santa Catalina de Somoza-Foncebadón (16,6 km)	149
Capítulo 13. Foncebadón-Ponferrada (26,8 km).....	159

Sección 3. Camino de Invierno

Capítulo 14. Ponferrada-Las Médulas (27,2 km)	173
Capítulo 15. Las Médulas-O Barco de Valdeorras (26,4 km) ...	185
Capítulo 16. O Barco de Valdeorras A Rúa de Valdeorras (14,2 km)	195
Capítulo 17. A Rúa de Valdeorras-Quiroga (26,3 km)	203
Capítulo 18. Quiroga-A Pobra do Brollón (22,9 km)	215
Capítulo 19. A Pobra do Brollón-Monforte de Lemos (12,5 km)	223
Capítulo 20. Monforte de Lemos-Chantada (29,7 km).....	229
Capítulo 21. Chantada-Rodeiro (25,8 km)	241
Capítulo 22. Rodeiro-Silleda (36,9 km).....	251

Sección 4. Camino Sanabrés

Capítulo 23. Silleda-Outeiro (24,4 km)	267
Capítulo 24. Outeiro-Santiago de Compostela (16,7 km).....	277
Epílogo. Un sendero interminable... hacia un destino insondable	287

Episodio IX
Camino Salvador & Primitivo 2018
(León)

Prólogo. Sobre incertidumbres que interfieren en el destino.... 299
Capítulo 0. León 309

Sección 1. Camino San Salvador

Capítulo 1. León-La Robla (27 km) 315
Capítulo 2. La Robla-Poladura de la Tercia (24 km)..... 323
Capítulo 3. Poladura de la Tercia-Bendueños (28 km)..... 331
Capítulo 4. Bendueños-Mieres (24 km)..... 341
Capítulo 5. Mieres-Oviedo (18 km)..... 349

Sección 2. Camino Primitivo

Capítulo 6. Oviedo-Cornellana (36 km)..... 359
Capítulo 7. Cornellana-La Espina (20 km)..... 369
Capítulo 8. La Espina-Campiello (25 km)..... 377
Capítulo 9. Campiello-Berducedo (Hospitales) (27 km)..... 385
Capítulo 10. Berducedo-Castro (26 km) 393
Capítulo 11. Castro-O Piñeiral (24 km) 401
Capítulo 12. O Piñeiral-Castroverde (29 km) 409
Capítulo 13. Castroverde-Lugo (22 km)..... 417
Capítulo 14. Lugo-As Seixas (32 km) 425
Capítulo 15. As Seixas-Arzúa (29 km) 433

Capítulo 16. Arzúa-Lavacolla (29 km).....	443
Capítulo 17. Lavacolla-Santiago de Compostela (10 km).....	453
Conclusión. Un día más en Santiago de Compostela	461
Epílogo. Reescribir destinos preestablecidos.....	465

Episodio X
Camino Inglés 2019
(Ferrol)

Prólogo. Sobre los avatares del destino	477
Capítulo 1. Ferrol-Pontedeume (30 km).....	483
Capítulo 2. Pontedeume-Betanzos (20 km).....	491
Capítulo 3. Betanzos-Hospital de Bruma (28 km)	499
Capítulo 4. Hospital de Bruma-Sigüeiro (24 km)	507
Capítulo 5. Sigüeiro-Santiago de Compostela (17 km).....	515
Epílogo. «Fue el tiempo que pasaste con tu rosa...»	523

Episodio XI
Camino Portugués de la Costa 2019
(Oporto)

Prólogo. Sobre vacíos que no se pueden llenar	533
Capítulo 0. Oporto	539
Capítulo 1. Oporto-Vila Chã (29 km)	543
Capítulo 2. Vila Chã-Apúlia (24 km)	551
Capítulo 3. Apúlia-Viana do Castelo (31 km)	559

Capítulo 4. Viana do Castelo-A Guarda (31 km).....	569
Capítulo 5. A Guarda-Bayona (31 km).....	577
Capítulo 6. Bayona-Vigo (25 km).....	585
Capítulo 7. Vigo-Redondela (16 km)	593
Capítulo 8. Redondela-Pontevedra (20 km).....	599
Capítulo 9. Pontevedra-Armenteira (23 km).....	607
Capítulo 10. Armenteira-Vilanova de Arousa (23 km)	615
Capítulo 11. Vilanova de Arousa-O Milladoiro (27 + 20 km).....	623
Capítulo 12. O Milladoiro-Santiago de Compostela (8 km)....	633
Conclusión. Un día más en Santiago de Compostela	643
Epílogo. Tapando huecos intangibles.....	649
Despedida. Donde nos lleve el Camino	657
Galería fotográfica	665
Agradecimientos	679
Bibliografía seleccionada.....	685



Introducción

*Vuelve hacia atrás la vista, caminante,
y recuerda todo lo que has vivido,
el Camino, ¡cómo te ha enriquecido!
Tu destino te aguarda, ¡adelante!*

El destino. Senda brumosa, incierta, inescrutable. ¿Quién escribe nuestro destino? ¿Lo hacemos nosotros, o viene precargado de fábrica en nuestro ADN? ¿Lo alteramos al decidir la dirección a seguir ante cada encrucijada, o esa decisión ya estaba tomada de antemano? La naturaleza del ser humano tiende a proteger su equilibrio emocional con la falsa percepción de que controla lo que le rodea y es dueño de su voluntad. Pero la realidad es que no gobernamos sobre nada, solo somos fútiles motas de polvo inmersas en un éter cósmico, un cóctel divino, mezclado, no agitado, cual Martini con vodka. Nuestras decisiones son insignificantes en la inmensidad del espacio-tiempo y, aun así, nos sentimos el ombligo del mundo, tal es el narcisismo inherente al vanidoso *sapiens*. Y cuando más seguros nos sentimos, cuando más creemos que dominamos la situación, justo entonces llega el universo y nos pega un ¡zas! en toda la boca, que nos tira a la lona y nos recuerda nuestra nimiedad. El destino. ¿Quién sabe lo que depara el día de mañana? No hay agenda que salga indemne

de la incertidumbre, de los avatares inesperados, de los zasca que nos regala la vida, abriendo socavones en nuestra alma que, como hoyos en la arena, no pueden llenarse por más agua que viertas sobre ellos.

Rutina. Cotidianidad. Indiferencia. Hastío. Pérdida de interés por lo que ya se tiene, sea tangible o intangible. Más componentes intrínsecos al individuo. Imagina un día fresco y despejado. Paseas tranquilamente por el más hermoso de los senderos. Un bravo torrente fluye a tu lado y susurra halagos a tu dulce egolatría. Exuberante vegetación te abraza, te arropa, te arrulla. Atraviesas verdes y húmedos valles, entre vacas rubias y potros salvajes que pastan y retozan, ajenos a su rutina y su destino. Todo ello bajo infinitas tonalidades esbozadas por un perezoso sol cuya calidez acaricia tu espalda. Un paraje silencioso en el que tus sentidos hierven de placer. Cierra los ojos. Visualízalo. Sugerente, ¿verdad? Te sientes en paz, equilibrado, afortunado. Bien. Imagina ahora que estás condenado a recorrer todos los días de tu vida ese mismo sendero, en un interminable día de la marmota. Probablemente, esas extraordinarias sensaciones se desvanecerán poco a poco, y quizá llegues incluso a aborrecer ese condenado sendero. Mas sigue siendo tan bello como el primer día. ¿Qué sucede? Es la cruel rutina, que resta encanto a cualquier cosa, por hermosa o placentera que realmente sea.

Saludos, querido lector. Sé bienvenido al tercer volumen de mis crónicas jacobeanas. Agradezco sinceramente tu compañía: compartir contigo mis peripecias, aventuras y desventuras, reflexiones y pensamientos es tan consustancial a mi concepción del Camino de Santiago como gozar de sus maravillas, o padecer tendinitis o ampollas. He querido comenzar esta nueva entrega refiriéndome al destino y la reiteración. Los cuatro epi-

sodios que recoge este tomo comparten, como denominador común, la incertidumbre del destino, dado el contexto personal que me rodeaba en esa época. No fueron pocas las cábalas al respecto que me hice en esos tres años. En relación con la rutina, en efecto, es inevitable que la continua repetición de algo acabe por mermar su atractivo, y la dulce costumbre en la que se había convertido el Camino para mí acabó anteponiéndose a la motivación e ilusión necesarias para afrontar la ruta jacobea: daba por hecho que cada año tenía que hacer el Camino, sin más. Y eso es peligroso. Tras mi séptima peregrinación al sepulcro del discípulo a quien Jesús de Nazaret apodó Boanerges (‘hijo del trueno’), parecía que todo estaba consumado. Esa epopeya con la que cerré el segundo volumen, iniciada en Saint Jean Pied de Port: ochocientos kilómetros, treinta etapas, con una primera mitad en fascinante soledad, y una segunda, desde León, acompañado por mi esposa, María, y una bestia inmundada surgida del inframundo. ¿Qué puede haber después de eso? Llegaba el momento de poner, cuando menos, un punto y aparte en mi vida peregrina. Mirar atrás, contemplar lo que había recorrido y experimentado, cual Alejandro Magno: más de dos mil doscientos kilómetros de tierras jacobeanas holladas desde el mítico Francés de 2011, cuando descubrí la luz y me cuestioné: «Pero ¿cómo he podido vivir sin esto treinta y ocho años?». La bendita inocencia del primer amor, el primer beso, cosquillas de mariposas en el estómago.

En efecto, era el momento de seguir con el auténtico camino, el de mi vida, junto a mi gente, iluminando mi senda con la luz de la frente, sonriendo al mundo con ese brillo en la mirada que se te enciende cuando arribas a Santiago, abrazas la efigie del santo en su camarín y muestras respeto ante sus sagrados restos, en la cripta. Es por ello por lo que he elegido los versos de Miguel de

Unamuno,¹ insigne literato y filósofo de la generación del 98, paradigma del existencialismo, el inconformismo, la constante preocupación por las luchas cainitas e interesadas, y el devenir de esta triste piel de toro que es nuestra España, rasgos que en su mayoría comparto. Que el vasco me perdone por distorsionar y retorcer sus palabras, encajándolas en el ámbito jacobeano como santo y seña introductorios del tercer volumen de esta humilde obra. ¡Al menos, he respetado los versos endecasílabos y la rima *abba*!

Es verdad que había decidido dejar el Camino. Por un tiempo: quizá unos años, quizá por siempre. Quién sabe. Pero ¡poco duró esa idea, apenas unos meses! No tardé en pergeñar una nueva dosis de mi adictivo estupefaciente particular. Necesitaba algo diferente: tras el masificado Francés, quería una ruta solitaria, apenas transitada. Quería volver a sentirme cómplice con la intimidad del Camino. Me incliné por el Vadiniense, así llamado por discurrir por las recónditas tierras de la antigua Vadinia, vasto enclave del interior de Cantabria, antaño ocupado por tribus prerromanas. Las dos jornadas iniciales me conducirían al monasterio de Santo Toribio de Liébana, cerca de Potes, en las estribaciones de los Picos de Europa. Allí se custodia el *lignum crucis*, el fragmento más grande que se conserva de la santa cruz en la que el Señor redimió nuestras culpas. Así pues, realmente haría dos peregrinaciones en una: la primera, hasta el *lignum crucis*, y luego hasta la casa del Señor Santiago. Marí volvería a unirse a mi caminar a la altura de León, para recorrer el archiconocido tramo francés hasta Ponferrada. Una vez allí, nos desviaríamos hacia el sudoeste, por el denominado Camino de Invierno. Atravesaríamos Las Médulas, la comarca de Valdeorras y la mágica

¹ Soneto LXI (1924): «Vuelve hacia atrás la vista, caminante, verás lo que te queda de camino, desde el oriente de tu cuna el sino ilumina tu marcha hacia delante...».

Ribeira Sacra, hasta confluír con el Camino Sanabrés, ya muy cerca de Santiago. Esa ruta hice en 2017, y recibí de ella aún más de lo mucho que esperaba —insolación de aúpa incluida—; sentí espasmos de placer en el Vadiniense, y cuando María se incorporó, aún conservaba un formidable tono físico, a diferencia del año anterior, cuando la Bestia se ensañó conmigo, fustigándome hasta cotas infinitas. Paradojas de la vida, ahora fue mi mujer quien sufrió lo indecible. Las pasó canutas, y ello mermó algo más que sus fuerzas y sus ánimos: demolió los cimientos de su pasión jacobea. Fue una carga de trinitrotolueno, se enfrentó a su propia Bestia y se vio arrastrada al desierto de la desesperación. Sí, conseguimos llegar a Santiago, pero mi atormentada compañera decidió abrir un paréntesis en su historia como peregrina, el cual perdura en el momento de escribir estas líneas. En cuanto a mí, padecí muchísimo por ella, empaticé al revivir mis vicisitudes de otras ocasiones, y observé, impotente, cómo la magia y el embrujo del Camino de Invierno se escurrían entre mis dedos, cual agua de manantial del eterno alborozo truncado por el dolor.

El suplicio compartido del Camino de Invierno exigió una nueva «capa de pintura» que enluciese mis memorias de la milenaria ruta. Pero no solo eso: el Camino siempre viene contextualizado por la situación personal del momento. No es igual embarcarse en una peregrinación en acción de gracias por un grato acontecimiento, que hacerlo en busca de respuestas, iluminación, o simplemente apartarse momentáneamente del mundanal ruido ante un suceso que te ha puesto la vida patas arriba. En ese sentido, la segunda mitad de 2017 y primera de 2018 vinieron bien cargadas de auténticos cisnes negros, sucesos sorprendidos e inesperados que dieron un vuelco a mi existencia: un atroz melanoma por el que me dijeron que mi madre no llegaba a Navidad —por ahora por aquí sigue, tan vivaracha como siempre—; un

enorme deterioro del estado físico de mi padre, que quedó postrado en cama; en cuanto a mí, una rara enfermedad, una clase de cáncer de piel llamada linfoma cutáneo de células T, que, si bien no es tan devastador como otros, requirió una terapia intensiva de nada menos que ciento cincuenta sesiones de fototerapia PUVA con psoraleno —afortunadamente, tratamiento poco invasivo—. Unos días después del recibir la fatal noticia tendría que haber iniciado con María un viaje por Praga, Viena y Budapest, que obviamente tuve que cancelar, sin que la agencia tuviera la decencia de devolverme el coste previamente abonado. Ni seguro ni gaitas, un alarde de absoluta sinvergonzonería. «Ya, lo siento, pero la pela es la pela, oiga». Al compartir mi historia en Twitter, llamé la atención de un periodista del diario *El Correo Gallego*, quien publicó un pequeño artículo² al respecto, de titular algo sensacionalista, a mi parecer.

Tan complejo contexto clamaba por la intercesión del apóstol. Necesitaba más que nunca a Iacobus. Así pues, busqué de nuevo el Camino más crudo y genuino, el de soledades estremecedoras, silencios atronadores y cuevas demenciales donde poner a prueba cuerpo y alma, mente y corazón. Necesitaba el irresistible Primitivo, reabrir el tarro de las mejores esencias. Por aportar algo de novedad y una exigencia aún mayor, decidí prolongarlo por el Camino del Salvador, ese mismo que, las tres ocasiones que había pasado junto al magnífico parador de San Marcos de León, me había hecho detenerme ante la parca bifurcación pintada en el suelo: al norte, al Salvador, hacia Oviedo y su catedral de San Salvador. Como reza el dicho, quien va a Santiago y no al

² Tienes aquí el artículo, del 6 de agosto de 2018, «La pasión por el Camino es más fuerte que el cáncer»:

<https://www.elcorreogallego.es/santiago/ecg/pasion-camino-es-fuerte-cancer/idEdicion-2018-08-06/idNoticia-1130633>

Salvador visita al siervo y deja al Señor. Por tanto, volví a hacer dos peregrinaciones en una. El Salvador excedió mis mayores expectativas a pesar del inesperado y cruel castigo que infligieron unas bestiales ampollas, llagas, vejigas, *blisters* como les llaman los guiris. Una clase de suplicio que apenas había vuelto a padecer desde mi Camino primigenio de 2011. Las nuevas botas, unas North Face —más que rodadas, *of course*—, no dieron buen resultado, y una gigantesca herida que ocupó media planta del pie derecho me hizo sufrir de lo lindo, con un constante temor a que acabara infectándose y forzando mi abandono. Fue una brutal reencarnación de la Bestia del Francés 2016. Así y todo, el Salvador & Primitivo fue una maravilla, un primoroso deleite para los sentidos. Tan mal lo pasé, y a la vez tanto lustre saqué a la luz y la sonrisa, que de nuevo decidí que ese sería un buen broche a mi periplo jacobeo.

Pero el devenir de las cosas es impredecible, el destino, indescribible. En noviembre de 2018 celebramos nuestras bodas de plata, ¡en la mismísima Catedral de Santiago! Lo hicimos en la capilla-parroquia de la Corticela, organizándolo todo con don Salvador Domato, entrañable párroco. Jose y Marina, nuestros queridos hijos, nos acompañaron en tan especial y sentido acontecimiento. Y algo debió de revolverse en las tripas de Marina, porque poco tiempo después me propuso hacer el Camino, ¡juntos! Quiso algo cortito, que le sirviera para conocer y vivir en primera persona eso que tanto había seducido a su padre. No lo dudé: el Inglés, opción ideal para iniciarse en el noble arte de la peregrinación, estupenda alternativa al siempre abarrotado Francés —máxime en Semana Santa, cuando Marina podía hacerlo—. Y fue un maravilloso Camino en el que padre e hija compartimos mucho más que cinco días de madrugar y andar. Para mí fue un sueño cumplido, y ella encontró lo que buscaba —y eso no

siempre se consigue—. Y yo volví a decidir que, al menos por ese año, mi cuenta con el Camino estaba saldada.

Y una vez más, el carrusel de la vida volvió a girar, y mi padre murió ese verano. Se fue, dejando en el fondo de mi alma un pozo oscuro, insondable, un vacío de amargura, un hueco que no se puede llenar. Mi relación con mi padre nunca fue la que yo habría querido, por él, por mí, por las circunstancias que nos tocó vivir, por la forma de ser de ambos, y por muchos más factores. Una de las certezas de la dama muerte es que te impide rectificar la relación con el que se va. Y, aunque mi hueco no se pudiera llenar, probé a explorarlo, a bucear en su negrura. Me dejé envolver por el mágico entorno jacobneo, perfecto para hacerte un ovillo, pensar y sacar conclusiones. Volví a reclamar la magia del Camino, y elegí una nueva ruta, la que recorre las costas portuguesas y gallegas. Retorné al Oporto de 2015, para hollar un trayecto muy diferente al de entonces: el Portugués de la Costa. Más allá de Pontevedra, me desvié para recorrer la «variante espiritual», por la que Atanasio y Teodoro, discípulos de Santiago, se internaron en Hispania a través de la Ría de Arousa, en una barca de piedra, con los restos decapitados del santo. Fue un Camino muy especial, en el que busqué el rostro de mi padre en los azules sin fin del cielo y del vasto Atlántico. Para saber si lo encontré, debes llegar casi al final de este mamotreto al que llaman libro.

Esas cuatro peregrinaciones conforman este tercer volumen de mis crónicas jacobneas, querido lector. Una entrega que mantiene el estilo narrativo de las dos previas, a partir de los manuscritos que cada día escribía en destino, completándolos con diversas fuentes en la ardua tarea de elaboración de esta larga y compleja obra que tienes en las manos. Miles de fotografías que siempre evocan algún matiz omitido en su día, mis fieles guías Gronze y Eroski —cuya ayuda no puedo agradecer lo suficiente—, y ma-

terial de aquí y allá completan un rompecabezas en el que me revelo ante ti despojado de disfraces o artificios, describiendo con total transparencia emociones y pensamientos. Como siempre, mis opiniones nunca pretenden ofender, son tan subjetivas como las emociones del momento en que fueron escritas. Pido disculpas de antemano a quien pueda sentirse molesto por alusiones, omisiones u otras causas. Por supuesto, todas las descripciones de lugares, monumentos, rutas y demás son exclusivamente mías, y pueden contener imprecisiones o errores que estoy seguro sabrás perdonar, pues de ningún modo intentan sentar cátedra. Aunque trato de mantener un ritmo y estilo más o menos coherente y homogéneo en todo el texto, cada Camino es un mundo, unas veces me he sentido más inspirado que otras, hay días en los que apetece escribir más que otros —o tengo más tiempo—, y ello provoca asimetrías entre episodios e incluso entre capítulos del mismo episodio. Por último, cabe destacar que, aunque he sido fiel a mis diarios originales, en algunos casos he «mutilado» contenidos ya existentes en episodios previos, tratando de evitar la tediosa reiteración. Recuerda que este tomo forma un todo indisoluble con los anteriores, y, aunque puede leerse cualquier Camino por separado, las referencias al pasado —y los recortes señalados— obviamente se entienden mejor si has caminado conmigo en las aventuras previas.

El singular contexto personal que envuelve estas peregrinaciones y la armoniosa continuidad con las siete anteriores completan un círculo que de por sí ya estaba cerrado con el insuperable broche del Francés 2016 desde Saint Jean Pied de Port. Un círculo que se enriquece con nuevas motivaciones, reflexiones, paisajes y sensaciones, algunos inéditos, otros ya conocidos, pero vistos de un modo totalmente distinto. Un círculo armónico, uróboros infinito y virtuoso, donde siempre queda hueco para una nueva

iteración, un nuevo vagón en la noria, un nuevo encuentro con Santiago el Mayor, hijo de Zebedeo y Salomé. Recargando la luz que me alumbra en mi senda existencial. Buscando y construyendo el destino. Porque, esté o no escrito nuestro hado por una pluma divina, sin duda, podemos al menos desafiarlo, dando pasos conscientes en busca de nuestro equilibrio, nuestra felicidad, nuestra virtud. Ven conmigo, querido lector, y reescribamos juntos nuestro propio destino.

Enero de 2021